

## Mejor los cierro

“Tienes los ojos tristes”  
me dices.  
Yo estoy tendido  
sobre la cama de tu hermano  
con la mirada fija  
en la almohada, el rincón,  
cualquier cosa  
por no atrever tu mirada.

Y es que tengo los ojos tristes  
se me llenan  
de todo cuanto traiciona el momento  
que soy yo  
que es mi vida  
y esa conversación  
que siempre y siempre  
-mea culpa- se avecina.

Quisiera, a ratos,  
desconectar la herramienta  
en que me he convertido.  
Perderme en este  
lloviznarnos  
el uno al otro  
de a poquito.

Pero tengo los ojos tristes.

Y termino por hablar,  
por estrellar mis palabras  
contra tu piel sin culpa.

En ocasiones -las malas-  
me separan de ti tus brazos.  
En otras -peores-  
te cobijas tras ellos  
como de un golpe de frío.  
Pero en las buenas, ay,  
-en las mejores-  
me atrapa la voz tu boca  
acaso no te guste  
lo que venga luego.

Y es que nunca  
me has rechazado un beso,  
y menos aún me lo escatimas.  
Mezquina deuda de *labios*  
tiene la vida con  
esos *versos* de carne.

¿Pero cómo puedo tener  
los ojos tristes  
mientras me abraza  
la mujer desnuda?  
Tú, anfitriona de un cuerpo  
que se come a deshoras  
a bocados fluviales  
que corren  
desde el negro farmacia  
hasta el blanco de los pies.

Será que mis ojos lo saben.  
Será que mis ojos denuncian  
cuantísimo más que esto mereces.  
Que tú no serías de esas  
-o, al menos,  
tardarías en ser una de esas-  
que sólo quieren que les den  
la de cal (de lavadora)  
y la de arena (de combate).

Que tú, sin embargo,  
bien sabrías responder  
a una entrega total y sin excusas.  
Mientras que yo, aquí,  
tendido sobre la cama de mi hermana  
ya no soy el chaval  
que una vez  
se arrancó la piel  
y descubrió Miseria  
y se limpió con el fuego  
y se dejó sanar.

Ahora que de él queda este  
resto indolente

    –que soy yo–  
el valor de mis acciones  
    –que es mi vida–  
se mide sólo en calderilla.

Confesaré que a veces solicito  
(a quien quiera que tenga potestad)  
la aparición de algún mengano  
que refleje mis celos  
en su mirar limpio,  
que invite a tu mano  
al hueco sosegado de su mano  
y desde allí me arranque  
tu cuerpo desnudo  
    y estos mis ojos...

    ...¿tristes?

No tanto.

Que si te sigo mirando  
se me ahondan de luz  
y amordazo el poema  
y me arrojó a temblar  
    contra tu piel  
en la que cada día es fiesta.

Hoy toca fruta de carne  
    que estremece.